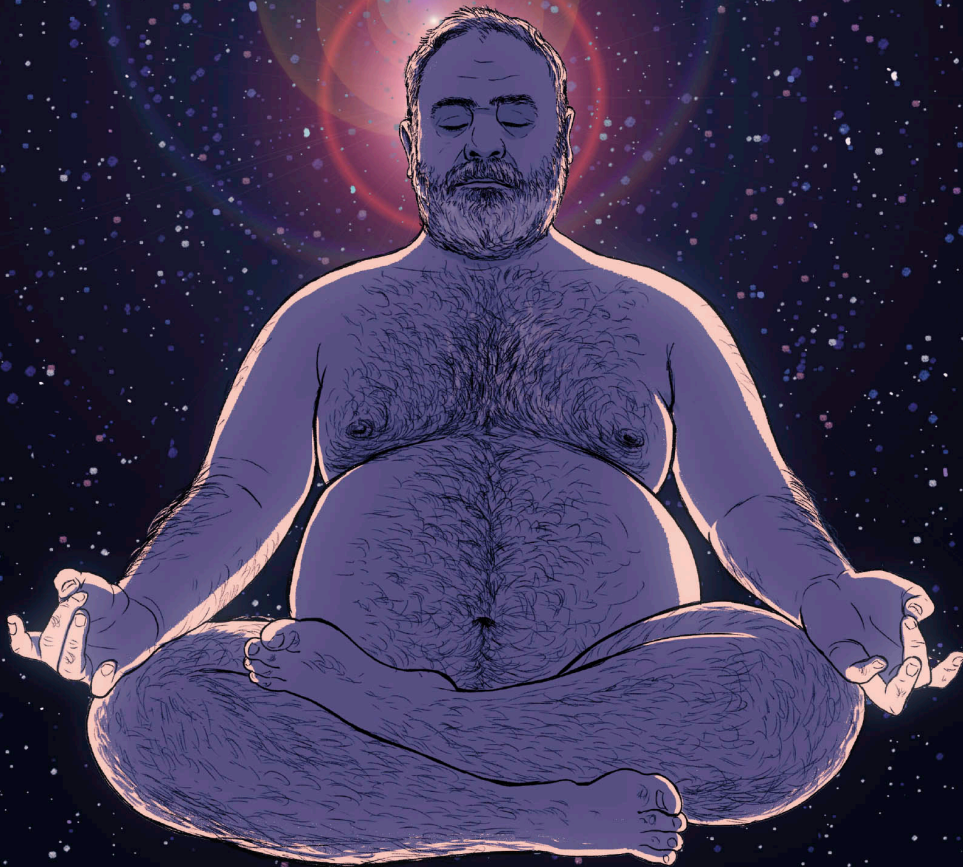


PALABRA DE OSO#12

He visto cosas que no creeríais

BOB FLESH



BBB
BIGBEARBOOKS

El ala oeste de la Casa Blanca

–¿iQue has follado en la Casa Blanca!?

–Sí. Pero...

–¿iTe has follado al presidente!?

–No digas tonterías, Theodor, sabes que no es mi...

–Eres incorregible, querido, incorregible. ¿Y se puede saber quién ha sido el afortunado entonces?

–Me ha dicho que se llamaba Adam, aunque es posible que no sea su nombre real. Ya sabes cómo son los del Servicio Secreto.

–iServicio Secreto! iPero es que tú no respetas nada!

–iHa sido él! iSi prácticamente me ha violado!

–Ya, ¿y no habrá sido al revés?

–Bueno, yo...

–Está bien, Marc, siéntate y cuéntamelo todo.

–¿Todo?

–Absolutamente todo.

Cuando, meses atrás, el mundialmente reconocido artista plástico Marc Kaplan recibió de manos de un mensajero uniformado aquella carta con membrete de la Presidencia del Gobierno de los Estados Unidos de América, su cara de pasmo había provocado una sombra de sonrisa en el militar que permanecía en posición de firmes esperando una respuesta. Pero, tras leer el escueto mensaje escrito en su interior, la cara de pasmo se había transformado en incredulidad primero y enorme excitación después.

–¡El presidente quiere que le pintes un retrato!

–Eso parece.

–¿Y has aceptado? Dime que has dicho que sí.

Marc sostenía la cuartilla en la mano y miraba a través del ventanal dando la espalda a su marido, que se había levantado de la cama como un rayo con una erección bien visible en su bajo vientre desnudo, quizá no solo provocada por el habitual desentumecimiento matutino de

los músculos sino también por la oleada de excitación que le había recorrido todo el cuerpo tras la formidable noticia.

–¿Querido? –el gran oso parecía al borde de un ataque de nervios–. Has aceptado, ¿verdad?

Marc se giró lentamente, miró a los ojos de su marido con gesto serio, trascendental, como si en esa decisión se estuviera dilucidando el futuro de toda la humanidad. Se acercó lentamente, alargó la mano y agarró el robusto y turgente pene de Theodor, quien dio un respingo y casi se cae de culo. Sin poder aguantar más la pantomima, Marc soltó una estruendosa carcajada, empujó a su marido sobre la cama y se metió su palpitante rabo en la boca.

–Fuef cgao gue afeftao –farfulló con aquel pedazo de carne rozándole la campanilla.

–¿Eso es que sí?

Marc asintió sin dejar de chupar, y entonces Theodor recostó su corpachón de oso polar, cruzó las manos tras la cabeza y, con una sonrisa radiante, se dispuso a disfrutar de una de las más gloriosas mamadas de la historia de su vida conyugal.

El presidente resultó ser un tipo cercano y amable, y el único problema al que tuvo que enfrentarse Marc fue su incontrolable tendencia a quedarse dormido mientras posaba. Durante todas y cada una de las cinco sesiones a lo largo de dos meses que el gabinete del presidente había conseguido encajar en su milimetrada agenda, no habían pasado más de cinco minutos sin que la cabeza del hombre más poderoso de América cayera sobre su papada entre sonoros ronquidos. Y en cada una de esas ocasiones, un miembro de su equipo de seguridad se había acercado discretamente y, rozando apenas uno de sus hombros, le había susurrado algo al oído que había devuelto la compostura al ilustre modelo.

Desde el primer día, uno de aquellos miembros había llamado la atención de Marc y de su propio miembro. Embutido en su impecable traje de tres piezas, con su corbata, su pinganillo y sus gafas de sol incluso dentro del Despacho Oval, Marc no podía evitar continuas miradas de reojo hacia aquel imponente agente cuyo físico poco tenía que ver con el de sus compañeros. Corpulento por no decir gordo, compacto en sus formas y rudo en sus ademanes, perfectamente rasurado pero con una eterna sombra de barba bajo los carnosos mofletes, el escaso pelo

cortado a cepillo y blanqueando en los aladares de su cráneo.

Y sin embargo, desde aquel primer día, cuando dicho agente le recogió en silencio en el control de seguridad y le condujo a través de pasillos alfombrados y salas nobles hasta el celebérrimo Despacho Oval, a Marc le había llamado poderosamente la atención un detalle concreto de su físico, que no había sido ni sus nalgas prietas y contundentes bajo el pantalón, ni la sugerente barriga aprisionada bajo el chaleco y la corbata, ni la carnosa nuca rebosando sobre el rígido cuello de la camisa. Curiosamente, habían sido sus manos, pequeñas y redondas, tapizadas en su reverso por una alfombra casi uniforme de recio vello negro que llegaba casi hasta la última falange de sus cortos y rechonchos dedos.

Esas manos le obsesionaban.

Su amplia experiencia en el proceloso universo de los hombres grandes le decía que unas manos como aquellas solo podían ser el anticipo de un cuerpo extraordinario, y mientras retrataba casi sin pensar al hombre más poderoso del mundo su imaginación desbocada completaba el cuerpo del agente a partir de aquellas manos, como un paleontólogo reconstruye un dinosaurio a partir de un diente, y en su cabeza aquel hombretón tomaba la forma de un osazo

peludo y redondo como salido de sus sueños más lúbricos.

Y llegó la última sesión, y cuando el presidente se despidió con un caluroso apretón de manos y un “Espero que me saques mejor de lo que soy” antes de marcharse rodeado de su séquito, el agente corpulento se acercó a Marc por la espalda y rozó su hombro con la barriga. El artista, terminando de dar unas pinceladas y sin atreverse a girar la cabeza, cerró los ojos para aspirar el aroma asudor, aftershave, café y una nota de whisky que le llegaba desde atrás. Cuando volvió a abrirlos, la mano de sus sueños se apoyaba sobre una esquina del lienzo y el cálido aliento del hombretón le envolvía la oreja.

–Un trabajo excepcional –susurró una voz grave y sorprendentemente dulce.

–Gr... gracias –contestó Marc sin atreverse a mover un músculo.

–Ahora entiendo que la Primera Dama le eligiera a usted para el retrato.

–¿La Primer Dama? Yo creía que fue el propio presidente quien...

–Oh no, al viejo estas cosas le traen sin cuidado. Como todo lo demás, a decir verdad.

–Disculpe, agente...

–Llámame Adam.

–¿Adam?

–¿Puedo llamarte Marc?

Y entonces la mano se apartó del lienzo, cogió el pincel que Marc sostenía en el aire, lo depositó en el caballete y de un enérgico tirón hizo girar a Marc sobre su taburete hasta que quedaron frente a frente, la cara del artista a la altura de aquella barriga trajeada que de repente parecía más voluminosa que nunca. Desconcertado, Marc alzó la vista para encontrarse con unos mofletes sonrientes y, una vez se quitó las gafas de sol, unos ojos oscuros y juguetones que le miraban con picardía. Marc sintió sus mejillas sonrojarse y desvió los ojos hacia la sala en la que se encontraban, seguramente el despacho más famoso del mundo.

–No te preocupes. Todos se han marchado. Estamos solos –dijo el agente, y a continuación ladeó la cabeza sobre su solapa y pronunció–. Código 767.

Se escucharon varios chasquidos en diferentes rincones de la estancia y, sacándose el pinguillo de la oreja, el hombre anunció:

–Y ahora nadie puede entrar ni salir de este despacho.

Marc no salía de su asombro, se preguntaba si en algún momento se había quedado dormido y estaba viviendo otro sueño húmedo de los muchos que había protagonizado aquel hom-

bretón en las últimas semanas. Pero cuando el agente se aflojó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa con un suspiro de alivio; cuando se quitó la chaqueta y se desabotonó el chaleco primero y la camisa después, dejando a la vista una camiseta interior blanca y una alfombra oscura que desbordaba el cuello hasta la línea de su papada; cuando se soltó el cinturón y dejó caer los pantalones para revelar unos calzoncillos blancos demasiado grandes y unos rotundos muslos cubiertos de tupido vello...

—¿Piensas quedarte ahí sentado como un pasmarote?

Y entonces Marc salió del sueño y se encontró con la realidad. Y la realidad era muchísimo mejor que el sueño, y tomó conciencia de la dolorosa erección que luchaba por agujerear la tela de sus pantalones. Con un par de enérgicos movimientos se deshizo de toda su ropa y se plantó desnudo ante aquel osazo en paños menores, que de pronto pareció perder parte de su provocador aplomo y que no podía apartar la vista del rabo palpitante de Marc. Alargó la mano peluda y lo agarró por la base. Luego la otra y lo agarró por el tronco. Y asido con ambas manos al mástil de Marc se dejó caer de rodillas sobre la moqueta y se metió la punta en la boca, tímidamente al principio, rozando apenas el capullo con

la lengua, para acto seguido apartar una de las manos y engullir aquel tronco hasta la mitad, gruñendo por el esfuerzo de controlar las arcadas.

Marc observaba desde arriba aquellos hombros cubiertos de pelo encrespado que casi ocultaba los tirantes de la camiseta, sintiendo en su glande las caricias de aquella garganta sorprendentemente profunda, y no pudo evitar el impulso de agarrar aquella cabezota para profundizar en la trepanación. Como un resorte, el agente retiró la cabeza y, mirando a Marc con gesto serio y los ojos vidriosos, dijo en un tono inapelable:

—No. Aquí mando yo.

Se puso en pie y Marc temió haber echado a perder uno de los momentos más excitantes de su vida. Pero el agente le agarró del brazo con autoridad, como si hubiera olvidado que ya no llevaba su uniforme de agente secreto sino una ajustada camiseta interior, unos calzoncillos anchos y (un detalle que a Marc le disparó la libido aún más) unos calcetines negros hasta la rodilla, y sin opción a réplica lo condujo hasta el enorme escritorio del presidente, le empujó hasta casi tumbarlo sobre su superficie y se inclinó de nuevo sobre su rabo para continuar donde lo había dejado. No sin esfuerzo consiguió tragarse aquel

enorme pedazo de carne hasta su base, y allí lo mantuvo, en el fondo de su garganta, durante largos segundos, emitiendo gruñidos de sofocación mientras sus orejas se ponían coloradas.

Cuando se apartó, su cara bañada de lágrimas, mocos y babas reflejaba una satisfacción de misión cumplida. Tendió la mano a Marc para que se incorporase, le plantó un beso con lengua que le pilló desprevenido e, inclinándose sobre el escritorio, tiró de sus calzoncillos descubriendo el principio de un culazo turgente y peludo y dijo:

–Ahora sí. Haz conmigo lo que quieras.

Y lo primero que quiso Marc fue comerse aquel culo inaudito, hurgando con la lengua en aquella raja oscura, luchando contra la maraña de pelo hasta encontrar el agujero, una hazaña que su propietario confirmó con un gemido de placer. Tuvo que contenerse para no empalar directamente aquel culazo, que es lo que parecía exigir el agente que hasta ese momento había llevado la voz cantante y había impuesto su voluntad sobre la de Marc. Pero eso se había acabado.

–Date la vuelta.

–No. Fóllame de una vez.

–He dicho que te des la vuelta. Tu culo está demasiado bajo –mintió Marc.

El agente se incorporó y se giró con suspicacia. Llevaba los calzoncillos a medio muslo y

Marc pudo apreciar la oscura frondosidad de su ingle, que casi ocultaba cualquier signo de vida allí abajo. Mirándole a los ojos con lascivia y descarado, introdujo su mano en la mata de pelo y palpó una polla corta y gruesa, dura como el titanio, que palpitaba al contacto de la palma de la mano de Marc. Más abajo, dos huevos forrados de vello, gordos y cálidos, que se removían inquietos en su saco.

Esta vez fue Marc quien empujó al agente sobre la mesa. Le obligó a tumbarse de espaldas, con las piernas colgando. La camiseta se le subió por encima del ombligo y Marc pudo contemplar la gran barriga peluda, las tetas de pezones duros bajo la tela. Y sin pensárselo dos veces, agarró una pierna, luego la otra, y se las llevó hasta los hombros. Escupió en la palma de su mano, se embadurnó el capullo y, con el ceño fruncido, se colocó en posición. Toda la autoridad desapareció del rostro del agente cuando sintió el capullo rozar su agujero peludo. En su lugar, una expresión de temor y unos labios temblorosos que enardecieron aún más a Marc.

–Con cuidado al principio, no estoy acostumbrado ¡ooooooooooh!

De un golpe y con saña, Marc atravesó a aquel osazo para inmediatamente empezar a mover sus caderas a toda velocidad. Los ojos del

agente se salían de sus órbitas, sus carnes ondulaban en todos los sentidos sobre la robusta mesa, que chirriaba ante la violencia de los empujones. Una fotografía de la Primera Dama resbaló y quedó boca arriba, mirando sonriente la violenta y lúbrica escena. Marc agarraba aquellos muslos con fuerza, sintiendo el roce de los calcetines contra sus orejas mientras su émbolo entraba y salía por completo de aquel agujero ya dado de sí. El osazo se agarraba a los bordes del escritorio y emitía sonoros gemidos, casi gritos, que ahora solo manifestaban placer, un placer que, a tenor de la expresión maravillada de sus ojos, pocas veces antes había experimentado.

En circunstancias normales Marc tenía mucho aguante en el arte del bombeo, pero aquellas no eran circunstancias normales. Pronto empezó a sentir el cosquilleo del orgasmo creciendo en su perineo y decidió que no lo iba a prolongar más.

–Te voy a preñar.

–¡Sí!... ¡No!

–¡Sí! Te voy a preñar.

–¡No! ¡En mi cara! ¡Córrete en mi cara!

¡Por favor! ¡Te lo ruego!

Aquellas palabras y aquella expresión de súplica en el rostro del otrora autoritario agente del Servicio Secreto enardecieron aún más a

Marc, que soltó las piernas, rodeó el escritorio y descargó un torrente blanco sobre la cara del agente, que abrió la boca y sacó la lengua para intentar atrapar alguno de aquellos chorros que salían disparados en todas direcciones y que terminaron salpicando medio escritorio, la moqueta, la silla del presidente y hasta la cara de la Primera Dama, cuya inocente sonrisa quedó mancillada por un lefazo grumoso que le chorreaba por la mejilla.

–Y entonces Adam, o como se llame, se ha metido mi polla pringosa en la boca y mientras yo le pellizcaba los pezones por encima de la camiseta se la ha meneado un par de veces y se ha corrido sobre su barriga como un toro. No veas cómo hemos dejado el escritorio del presidente, aquello parecía... ¿Theodor? ¿Te vas a...?

–¡Oh sí! ¡Me corroooooo!